

SEGUNDO DOMINGO DE ADVIENTO.

El evangelio de este día es tomado del capítulo XI de san Mateo, y habla de una comision que san Juan envió desde la cárcel á Jesucristo, para que en su nombre le preguntase, si era él el Mesías que esperaban, ó si debian aguardar á otro; y de la respuesta que el Salvador dió á los comisionados, como y tambien del elogio que hizo del mismo san Juan en presencia de las turbas.

Este evangelio da pie para formar varios asuntos, todos de gran provecho y utilidad. Primeramente sobre aquellas palabras: *Cum audisset Joannes in vinculis se podria componer un bellissimo discurso sobre el ningun caso que se debe hacer de las cosas humanas, viendo que Juan, hombre inocentísimo, santificado en las mismas entrañas de su madre, morador del desierto desde su infancia, penitente celeberrimo, predicador famoso, mas que profeta, y digno precursor del mismo Jesucristo, estaba encerrado en una cárcel, cargado de cadenas, y destinado á sufrir una muerte cruel; al paso que Herodes su verdugo, hombre perversísimo, profanador descarado del templo, vil traficante con los empleos sacerdotales, vergüenza del trono, oprobio de la nacion, tirano del pueblo, concubinario público, y asesino de sus propios hijos, estaba elevado en el poder, rodeado de honores, y nadando en un mar de satisfacciones y placeres. De aquí se podria deducir una muy importante moralidad, cual es, que la felicidad verdadera no consiste en el goce de las cosas materiales, sino en la posesion de la virtud, puesto que*

san Juan en medio de sus tribulaciones y angustias tenia el corazon tranquilo, el alma serena y el espíritu enteramente impasible; mientras Herodes, rodeado de delicias y dulzuras, era juguete de las mas fieras pasiones, esclavo de los vicios mas afrentosos, víctima de los mas crueles remordimientos. Haciendo al último un cotejo entre la paz y alegría que la virtud ocasiona al justo, y los sinsabores y las inquietudes que el vicio hace experimentar al pecador, se tendria una plática de muy buena moralidad, y que no dejaria de hacer efecto.

De aquellas otras palabras: Euntes renuniate Joanni quæ audistis, et vidistis, se puede sacar tambien un discurso tan útil como chocante. Se comenzará el exordio haciendo notar que, habiendo los enviados de san Juan preguntado á Jesucristo si era el verdadero Mesías, él no tuvo por conveniente contestar á la pregunta con una simple afirmacion, sino que, haciendo algunos milagros en su presencia, cuales fueron resucitar un muerto, limpiar á un leproso, dar vista á un ciego, oido á un sordo, y movimiento á un cojo, les dijo: Id, y referid á Juan todo lo que habeis visto y oido. ¿Por qué, se preguntará, Jesucristo se condujo así? Sin duda porque creyó que para acreditar que era el verdadero Mesías, no bastaba que lo afirmase simplemente, sino que era necesario probarlo con las obras, que son el argumento mas convincente y decisivo. Esto es tan así, que el mismo Jesucristo dijo en otra ocasion, que si él no hubiese hecho obras que demostraban claramente ser el Salvador del mundo, los judios no hubieran pecado no queriendo reconocerle por tal: Si opera non fecissem in eis, quæ nemo alius fecit, peccatum non haberent¹. De aquí se deducirá que para acreditarse de verdadero cristiano no basta llevar este nombre, ni pasar por tal ante el público, sino que es menester mostrarlo con obras;

¹ Joan. xv, 24.

porque si se profesa la religion cristiana, y no se vive conforme á sus leyes, no se tiene de cristiano sino el nombre y la apariencia. Puestos estos antecedentes, se sentará por proposicion que muchos son cristianos de puro nombre, porque su vida no corresponde al nombre honroso que llevan. Esta proposicion se probará haciendo una comparacion entre lo que se cree y lo que comunmente se obra. Se cree que hay un Dios que todo lo ve, que todo lo descubre, hasta los mas ocultos pensamientos : y se vive como si Dios fuese uno de aquellos simulacros de quienes dice David, que tienen ojos, y no ven ; tienen oidos, y no oyen ; tienen manos, y no palpan. Se cree que despues de esta vida hay una eternidad que nunca acabará : y se vive como si todo hubiese de acabar con la muerte. Se cree que hay un cielo para los justos y un infierno para los pecadores : y se vive como si estas cosas fuesen ficciones de poetas. Conviene explicar bien esta idea. Despues se hará otro cotejo entre el Evangelio y las costumbres de muchos. El Evangelio manda no robar, no fornicar, no querer mal á nadie, etc. ; y no obstante se roba, se fornicar, se aborrece al prójimo, etc. Desenvuelto este pensamiento, se hablará sobre el pecado en el cristiano, haciendo ver su malicia, su enormidad y sus castigos, para lo que se hallarán todas las especies necesarias en la plática 14 del primer tomo del Catequista orador, pág. 119.

Aquellas otras palabras : *Beatus est, qui non fuerit scandalizatus in me* dan tambien ocasion para predicar sobre el escándalo. Por introduccion se referirá la historia del Evangelio, y luego se preguntará, ¿qué habia en Jesucristo que pudiese ser ocasion ó motivo de escándalo? Se recorrerá ligeramente su vida santísima, su doctrina toda celestial, sus ejemplos, sus milagros, su conversacion verdaderamente divina. Y si esto no obstante, se dirá, Jesucristo creyó que habia quien, ó por ignorancia, ó por malicia, podia escandalizarse de él, ¿cuánto

mas deben creer que dan verdadero escándalo al prójimo los que llevan una vida toda llena de vicios? Luego se hará ver los diferentes modos con que se puede escandalizar, cuán difícil es reparar los daños del escándalo, y lo que incumbe á quien ha incurrido en este pecado : todo lo que se encontrará difusamente tratado en el Catequista orador, tomo segundo, pág. 142.

Preparacion para la venida del Hijo de Dios.

Tu es qui venturus es, an alium expectamus? (*Math. xi, 2*).

El evangelio de hoy nos habla de una comision que san Juan envió desde la cárcel á Jesucristo, de la respuesta que el Salvador dió á los comisionados, y del elogio que hizo del mismo santo Precursor en presencia de las turbas. Es, pues, el caso, que, hallándose san Juan detenido en la cárcel por orden de Herodes, tuvo noticia de los grandes milagros que el Salvador obraba, y esto le movió á enviarle dos de sus discípulos que en su nombre le preguntasen, si era él el Mesías que esperaban, ó si mas bien debian aguardar á otro : *Tu es qui venturus es, an alium expectamus?* Jesucristo no creyó conveniente contestar directamente á la pregunta, sino que, haciendo algunos milagros á vista de los enviados, les dijo : *Id, y referid á Juan todo lo que habeis visto y oido : Euntes renuntiate Joanni quæ audistis, et vidistis.*

Sobre esta breve historia ocurre desde luego una duda. ¿Por qué san Juan hizo preguntar á Jesucristo si era el Mesías? ¿Que no lo sabia?... Sin duda lo sabia, puesto que él mismo le habia bautizado en el Jordan ; él mismo habia visto bajar sobre él al Espíritu Santo en forma de paloma, y oido la voz del Padre celestial que le llamaba su *Hijo muy amado* ; y él mismo le habia tambien señalado con el dedo á las turbas, diciendo :

Hé aquí al Cordero de Dios que quita los pecados del mundo : *Ecce Agnus Dei, qui tollit peccata mundi*. Pues, ya que lo sabia, ¿por qué se lo hizo preguntar por los discípulos? Porque quiso que estos le conociesen personalmente, viesen con sus propios ojos los milagros que obraba, se convenciesen por sí mismos de que era el Mesías verdadero que venia á salvarlos, y así se dispusiesen para recibir los frutos de su venida.

Lo que san Juan hizo con sus discípulos, debo hacerlo yo con vosotros en este tiempo de Adviento, que es tiempo de preparacion : y ya que, como él, no puedo enviaros á Jesucristo para que aprendais de él mismo cómo debéis disponeros para recibirle, os lo explicaré segun Dios me dé á entender, haciéndoos ver las disposiciones con que debéis aguardar su venida, si deseais experimentar sus efectos saludables. Él viene á salvaros, que por esto se llama *Jesús* ó Salvador ; pero su venida no os causará la salvacion, si vosotros de vuestra parte no concurrís con tres disposiciones, que son, dejar al pecado, ejercitaros en obras buenas, y haceros enteramente semejantes á él. Con estas tres disposiciones vuestra salvacion es segura : sin ellas es imposible.

Como base y fundamento de lo que voy á decir he de sentar un principio que por de pronto os chocará ; pero que, oidas las razones en que se funda, lo tendréis por muy sólido y verdadero. Este principio es, que la venida del Hijo de Dios al mundo á unos debe causaros grande alegría y consuelo, y á otros debe infundiros grande espanto y temor. La sorpresa que noto en vosotros me convence de que no me he equivocado al decir que os chocaría el principio que venia á establecer. Pero por chocante que os parezca, yo insisto en que la venida del Hijo de Dios al mundo á unos debe causaros con-

suelo y alegría, y á otros espanto y terror. ¿Por qué? porque es una verdad escrita en el Evangelio, que Jesucristo viene para salvacion de unos, y para ruina y perdicion de otros : *Ecce positus est hic in ruinam, et in resurrectionem multorum*¹. Viene para salvacion de aquellos que, aprovechándose de su venida, se convertirán sinceramente á él, seguirán los ejemplos que viene á darnos, y conformarán la propia vida con la suya : viene para ruina de aquellos que, no obstante su venida llena de amor, rehusarán convertirse á él con todo el corazón, y continuarán tercos en su malicia. A cuál de estas dos clases pertenezcais vosotros, es cosa, amados míos, que vosotros mismos la habeis de decidir. ¿Os convertís sinceramente á Dios, por manera que cuando Jesús nazca os encuentre libres de toda culpa grave? Alegraos, que él viene para vuestra salvacion : *Positus est hic in resurrectionem*. ¿Os obstinais en el mal, y su venida no os obliga á dejar el pecado? Temblad, que viene para vuestra perdicion y exterminio : *Positus est hic in ruinam*.

Salvador como él es, y tan deseoso como viene de vuestra salvacion, notad bien lo que voy á decir, no quiere, no puede salvaros, si primero no logra libraros de vuestras culpas. Si antes que todo no consigue esto, discurridlo como queráis, no solo no puede daros la salvacion, sino que forzosamente ha de ocasionaros mayor condenacion y ruina. Tú le llamarás Jesús, dijo el Angel á José, porque él librará á su pueblo de sus pecados : *Vocabis nomen ejus Jesum : ipse enim salvum faciet populum suum à peccatis eorum*². No le dijo : Lllamarásle Jesús, porque él librará á su pueblo de los males temporales que le afligen : pensarlo así, quédese para los judíos carnales y groseros, quienes esperaban un Salvador que levantase su reino

¹ Luc. 11, 24. — ² Matth. 1, 21.

de la abyeccion y desprecio en que habia caido, y lo hiciese brillar en poder y riquezas sobre todas las demás naciones de la tierra. El Salvador que nosotros esperamos, y cuya venida en breve tendremos la dicha de celebrar, viene al mundo con una mision mas noble, mas santa y mas divina, cual es librar-nos del pecado, y conducirnos al cielo. Y entre estas dos cosas hay tal dependencia y subordinacion, que él no puede hacer la una sin la otra, es decir, no puede conducirnos al cielo sin librar-nos de los pecados.

Ahora bien, cristianos, este Salvador divino, cuyo nacimiento temporal no será este el primer año que celebraréis, ¿de qué pecado, de qué vicio ha conseguido libraros hasta ahora? ¿Cuál es el soberbio que, en vista de su humildad, haya puesto coto á su orgullo? ¿cuál el rencoroso que, contemplando su mansedumbre, se haya reconciliado con su enemigo? ¿cuál el impuro que, movido de su penitencia, haya refrenado su carne? ¿cuál el avaro que, edificado de su pobreza, haya puesto medida á su codicia? ¿cuál la mujer que, enamorada de su sencillez, haya rebajado un punto su lujo? Muchos años há que venís celebrando la venida del Hijo de Dios al mundo, sin que sus ejemplos hayan producido en vuestra conducta el menor cambio ni mudanza. Y si esta vez sucede lo mismo, ¿no tendré motivo para deciros que solo viene para vuestra mayor condenacion? *Positus est hic in ruinam*? Sí, porque su venida no puede seros indiferente, debe llevaros ó la vida ó la muerte: y ya que no os lleva la una, es consiguiente y necesario que os lleve la otra.

Yo sé que él viene á hacer penitencia por nosotros, y que todas las humillaciones, penas y tormentos que sufrirá desde el pesebre hasta la cruz, las ofrecerá á su divino Padre en remision de nuestros pecados; pero sé tambien, y vosotros no debeis ignorarlo, que toda la penitencia que él hará, no nos

dispensa á nosotros de hacerla. San Pablo asegura que á la penitencia de Jesucristo, bien que sobreabundante, bien que de un valor infinito, todavía le falta algo para que obre nuestra salvacion. ¿Y qué le falta? Falta, dice el mismo Apóstol, que nosotros la hagamos tambien, que juntemos nuestra penitencia á la suya, que con él lloremos, con él suframos, con él mortifiquemos nuestra carne, por manera que con verdad podamos decir: Acabo en mí lo que me falta de la penitencia de Jesucristo: *Adimpleo ea quæ desunt passionum Christi in carne mea*¹.

¡Ah! cristianos, si movidos vosotros de los ejemplos de penitencia que Jesucristo viene á darnos, os veo en estos dias de Adviento detestar vuestros pecados, sujetarlos al tribunal de la confesion, repararlos con una vida toda nueva, yo os felicitaré por ello el dia de Navidad, yo os daré por ello el mas cumplido parabien; pues podré aseguraros que Jesús ha venido á llevaros la salvacion; pero si, insensibles á la penitencia que él hará, continuais en el pecado, ¡ah! entonces me será fuerza deciros que, muy léjos de llevaros la salvacion, os habrá llevado la perdicion y la ruina: *Positus est hic in ruinam*.

Y para que os lleve la salvacion, no basta ya que dejéis simplemente el pecado: os he dicho, y os lo repito, que él no quiere, ni puede salvaros, si vosotros no le ayudais á ello con el ejercicio de las buenas obras. Él quiere que la gran obra de vuestra salvacion sea á un mismo tiempo efecto de su gracia y fruto de vuestra cooperacion; de suerte que, sin atribuiros la menor gloria, partais con él el trabajo. Él por su parte viene á rogar, á sufrir, á padecer para mereceros el cielo; pero quiere que vosotros tambien rogueis, sufrais y padezcáis con él. Él aparecerá en el mundo, humillado, cubierto de pobres

¹ Coloss. 1, 24.

paños, recostado sobre el heno en un establo, para desagraviar á su divino Padre de todas las ofensas que le habeis hecho con vuestro orgullo, soberbia y vanidad; pero quiere que vosotros coopereis á este designio con la humildad de espíritu y la mansedumbre del corazón. Él sacrificará su cuerpo santísimo, haciéndole sentir los rigores de una pobreza extrema, de un frío rigoroso, de una desnudez lamentable, á fin de satisfacer por todos los pecados que la sensualidad, el regalo y el amor á los placeres os han hecho cometer; pero quiere que vosotros contribuyais á esta satisfacción, sacrificando también vuestra carne, mortificando vuestros sentidos, contradiciendo vuestras pasiones. Y de tal modo lo quiere, de tal modo hace depender de vuestra cooperación la eficacia de sus sacrificios, que primero consentirá en que perezcais todos, primero permitirá que todos os condeneis, antes no querrá salvaros por sí solo, y por una redención enteramente gratuita.

De consiguiente, hermanos carísimos, os diré con el apóstol san Pedro, andad afanosos para asegurar con buenas obras vuestra elección y salvación: *Satagite ut per bona opera certam vestram vocationem et electionem faciatis*¹. Que cuando vuestro divino Salvador venga, no os halle dormidos, como halló á las vírgenes fatuas, á quienes en castigo de su pereza, cerró la puerta, diciendo que no las conocía: *Clausus est janua... nescio vos*; sino que os encuentre muy vigilantes y solícitos en practicar el bien, como encontró á las vírgenes prudentes, á quienes, en recompensa de su solicitud, admitió á su casto ósculo, é introdujo en las bodas eternas. ¡Dichosos si así lo haceis!

En fin, Jesucristo no puede salvaros, si antes no os haceis conformes á su imagen, si entre su vida y la vuestra no hay conformidad, proporción y semejanza; porque, como dice san

¹ II Petr. I, 10.

Pablo, Dios no salva sino á los que ha predestinado á la gloria, y no predestina á la gloria sino á los que se hacen semejantes á la imagen de su Hijo: *Quos prædestinavit conformes fieri imaginis Filii sui*¹. Esta expresión del Apóstol, si se reflexiona bien, y se pesasen todas sus consecuencias, debería hacer temblar á más de cuatro de vosotros. Porque, decidme: ¿qué conformidad hay entre vosotros y Jesucristo? ¿qué semejanza hallais entre su vida y la vuestra? Si él hubiese venido al mundo de un modo todo diferente del que vino; si en vez de nacer pobre, humilde y afligido en un establo, hubiese nacido en un trono, rodeado de honores, riquezas y delicias; si en lugar de decirnos que solo reconoce por discípulos á los que se niegan á sí mismos, mortifican la carne, y aborrecen el mundo, nos hubiese dicho que solo viene á salvar á los que aman las riquezas, los placeres y las conveniencias de la vida; en una palabra, si en vez de escribir en su bandera aquellas palabras tan amargas á nuestra sensualidad: *Qui vult venire post me, abneget semetipsum, et tollat crucem suam*², hubiese grabado en ella aquel otro lema tan conforme á nuestra concupiscencia: *Venite ergo, et fruamur bonis*³: en esta suposición ¿no es verdad que muchos de vosotros en nada habríais de cambiar para ser enteramente semejantes á él? ¿no es verdad que, sin cambiar en nada el sistema de vuestra vida, ya os hallaríais en el estado que este divino Salvador os quiere, y que vuestra salvación sería segura? ¡Ah! cristianos, no cabe duda, vosotros lo conocéis, que si para salvarse fuese menester amar el mundo, apetecer riquezas y complacer la carne, muchos de vosotros seríais los primeros en ir al cielo, y ocuparíais en él los primeros puestos; pero como para salvarse es menester hacer todo lo contrario, como es indispensable imi-

¹ Rom. VIII, 29. — ² Luc. IX, 23. — ³ Sap. II, 6.

tar á Jesucristo en la humildad, en la abnegacion, en la pobreza, en el aborrecimiento de los placeres sensuales, vosotros debeis conocer que, sin un cambio radical en vuestra conducta, vuestra condenacion es cierta, es segura, es infalible. Quite Dios esta desgracia. Amen.

TERCER DOMINGO DE ADVIENTO.

Como en esta tercera semana de Adviento caen las t mporas que llamamos de Navidad, es deber de un buen cura anunciarlas hoy al pueblo, no simple y secamente, sino explicándole las razones que ha tenido la Iglesia para instituir las, y el modo con que debe celebrarlas para corresponder   sus intenciones. Por esto haga notar que la Iglesia ha puesto t mporas en cada una de las cuatro estaciones en que se divide el año, es decir, en la primavera, verano, otoño   invierno, ordenando   sus hijos que por tres dias en cada una se entreguen con mas fervor al ayuno y   la oracion. Las razones generales que han movido   la Iglesia   disponerlo así son : santificar con la penitencia tres dias de cada estacion, desagraviar   Dios de las culpas cometidas en la estacion precedente, implorar las luces del Espíritu Santo sobre los obispos, para que tengan acierto en la ordenacion de ministros que en tales dias acostumbran hacer. Esta última razon, bien expuesta, es muy eficaz para inducir   los fieles   que cumplan con el ayuno y demás cosas que est n prescritas en las t mporas, sobre todo si se les hace reflexionar que en las actuales tal vez se ordena alguno que est  destinado   ser algun dia el pastor de aquella parroquia. A mas de las razones comunes   todas las t mporas, hay otras que son propias y especiales   las de Navidad, que son, dar gracias   Dios por los frutos de la tierra recolectados en el otoño, obtener la gracia de hacer de ellos un buen uso, y disponerse dignamente para celebrar el nacimiento del Hijo de Dios. Estas razones, expuestas en t r-